

mento. Adiós, el escribir me cansa; tengo demasiadas ideas y no quiero continuar expresándolas. Trae á tus hijos, puedes criar al último aquí, pues yo ya no estaré celosa. *Él* ya no existe y mi ahijado me causará gran satisfacción, porque Felipe deseaba un niño que se pareciese á tu pequeño Armando. En fin ¡ven á tomar parte en mis dolores!...

## XLVII

Renato á Luisa

1829.

Querida mía: Cuando esta carta llegue á tus manos, no estaré lejos de ti, porque parto algunos instantes después de habértela enviado. Estaremos solas. Luis tiene que permanecer en Provenza á causa de las elecciones que van á tener lugar; quiere ser reelegido, y los liberales han tramado ya algunas intrigas contra él.

Voy para consolarte, y llevo únicamente mi corazón para hacer compañía al tuyo y para ayudarte á vivir. Voy á ordenarte que llores: es preciso comprar de ese modo la dicha de poder unirse á él algún día, toda vez que su muerte no es más que un viaje que hace hacia Dios, y cuantos pasos des en la tierra en lo sucesivo te irán aproximando hacia Él. Cada deber cumplido romperá algun anillo de la cadena que os separa. Vamos, Luisa mía, te purificarás en mis brazos, é irás á él sin mancha, noble y perdonada de tus involuntarias faltas y acompañada de las obras que hagas aquí abajo en su nombre.

Yo escribo estas líneas á toda prisa, en medio de mis preparativos, de mis hijos y de Armando, que me grita: «¡La madrina! ¡la madrina! ¡vamos á verla!» de un modo que me da celos: ¡es casi tu hijo!

## SEGUNDA PARTE

## XLVIII

La baronesa de Macumer á la condesa de la Estorade

15 de octubre de 1833.

Pues bien, sí, Renato, tienes razón, te han dicho la verdad. He vendido mi palacio, he vendido Chantepleurs y las quintas de Seine-et-Marne; pero que esté loca y arruinada, eso ya es demasiado; ¡contemos! Vendido todo esto, me ha quedado la fortuna de mi pobre Macumer, que asciende á un millón doscientos mil francos. Voy á darte cuenta fiel de ellos como hermana bien instruída. Puse un millón al tres por ciento cuando estaba á cincuenta francos, y me procuré de ese modo sesenta mil francos de renta, en lugar de los treinta mil que tenía en tierras. Ir seis meses del año á la provincia, hacer allí arriendos, escuchar las lástimas de los cortijeros, que pagan cuando quieren, aburrirse como un cazador en tiempo de lluvia, tener especies á la venta y venderlas con pérdida, habitar en París un palacio que representaba diez mil francos de renta, cobrar fondos en casa de los notarios, esperar á cobrar los intereses, verse obligada á perseguir á la gente para obtener lo suyo, estudiar la legislación hipotecaria, tener, en fin, negocios en Nivernais, en Seine-et-Marne y en París, ¡qué fardo! ¡qué fastidios! ¡qué decepciones! y ¡qué pérdidas para una viuda de veintisiete años! Ahora, mi fortuna está establecida en hipotecas sobre el presupuesto. En lugar de pagar contribución al Estado, recibo de él, yo misma, sin gastos,

treinta mil francos cada semestre, en el Tesoro, de manos de un empleado que me da treinta billetes de mil francos y que me sonrío al verme.—¿Y si Francia quiebra?—me preguntarás.—En primer lugar,

no sé yo prever las desdichas de tan lejos.

En todo caso, Francia no me quitaría más que la mitad de mis rentas á lo sumo, y aun seguiría siendo tan rica como lo era antes de haber colocado el dinero de este modo, eso sin tener en cuenta que de aquí á que ocurra la catástrofe ya habré percibido el doble de mis rentas anteriores. Además, la catástrofe no ocurre más que de siglo en siglo, y, por lo tanto, hay tiempo para crearse un capital economizando. Finalmente ¿no es el conde de la Estorade, par de Francia, medio republicano de Julio? ¿No es uno de los sostenes de la corona ofrecido por el *pueblo* al rey de los franceses? ¿Puedo estar inquieta teniendo por amigo á un presidente de cámara en el tribunal de cuentas, á un gran hacendista? ¿Te atreves á decir que estoy loca? Créeme que calculo tan bien como tu rey ciudadano. ¿Sabes lo que puede dar este juicio algébrico á una mujer? ¡El amor! ¡Ay de mí! ha llegado el momento de explicarte los misterios de mi conducta, cuyas razones no alcanzan tu perspicacia, tu curiosa ternura y tu astucia. Me caso secretamente en una aldea próxima á París. Amo y soy amada. Amo tanto como puede amar una mujer que sabe lo que es amor. Soy amada tanto como un hombre debe amar á la mujer por quien es adorado. Perdóname, Renato, el que me haya escondido de ti y de todo el mundo, Si tu Luisa engañó á todas las miradas y burló todas las curiosidades, confiesa que mi pasión por mi pobre Macumer exigía este engaño. La Estorade y tú me hubiérais asesinado con vuestras dudas y me hubiéseis aturrido con vuestras observaciones. Por otra parte, las circunstancias pudieran haber ido en vuestra ayuda. Tú sola sabes hasta qué punto soy celosa, y me hubieras atormentado inútilmente. Lo que tú vas á llamar mi locura, Renato mía, lo quise hacer por mí sola, con mi cabeza, con mi corazón, como joven que burla la vigilancia de sus padres. Mi amante tiene por toda fortuna treinta mil francos de deudas que yo he satisfecho. ¡Qué magnífico sujeto de observación. Hubiérais querido probarme que Gastón es un intrigante, y tu marido hubiera expiado á este pobre muchacho. Preferí estudiarlo por mí misma. Hace ya veintidós meses que me

hace la corte, yo tengo veintisiete años y él veintitrés. De una mujer á un hombre, esta diferencia de edad es enorme; ¡otra fuente de desdichas! Es poeta, y vivía de su trabajo, lo cual te bastará para adivinar que vivía de poca cosa. Este querido lagarto de poeta estaba con más frecuencia al sol haciendo castillos en el aire, que á la sombra de su chiribitil construyendo poemas. Ahora bien, los escritores, los artistas, todos los que no existen más que para el pensamiento, son tachados de ignorantes por la gente positivista. Conciben tantos caprichos, que es natural creer que la cabeza contagia al corazón. A pesar de las deudas pagadas, á pesar de la diferencia de edad, á pesar de la poesía, á pesar de los nueve meses de una noble defensa, sin haberle permitido que besase mi mano, después de los más castos y deliciosos amores, dentro de algunos días, no me entrego, como hace ocho años, inexperta, ignorante y curiosa; me doy y soy esperada con tan gran sumisión, que podría aplazar mi casamiento un año; pero no hay nada de servilismo en todo esto: hay cautiverio de amor, y no sumisión. Jamás se ha encontrado corazón más noble, ternura más inteligente, ni alma más enamorada que la de mí prometido. ¡Ay de mí! ángel mío, ¡ya tiene á quien parecerse! Vas á saber su historia en dos palabras.

Mi amigo no tiene más nombres que los de María-Gastón. Es hijo, no natural, sino adulterino, de aquella hermosa lady Brandón, de quien sin duda habrás oído hablar, y á la que, por venganza, mató lady Dudley de pesar: una horrible historia que el pobre muchacho ignora. María-Gastón fué puesto por su hermano Luis Gastón en el colegio de Tours, de donde salió el año 1827. El hermano se embarcó algunos días después de haberle colocado allí, para ir á buscar fortuna, según le dijo á mí prometido una anciana mujer, que fué su providencia. Este hermano, que se hizo marino, le escribió de tarde en tarde cartas verdaderamente paternas, y que denotan su hermosa alma. En su última carta, anunciaba á María-Gastón su nombramiento de capitán de navío en no sé qué república americana, diciéndole que esperase. Mas ¡ay de mí! hace tres años que mi pobre lagarto no recibí carta, y ama tanto á este hermano, que quería embarcarse para buscarlo. Nuestro gran escritor Daniel D'Arthez le impidió hacer esta locura y se interesó noblemente por María-Gastón, dándole muchas veces, como dice el poeta con su lenguaje enérgico, *garbanzos y albergue*. En efecto, juzga la angustia de este muchacho:

¡creyó que el genio era uno de los medios más rápidos para hacer fortuna! ¿no hay para reir un año? Desde 1828 á 1833 procuró, pues, crearse un nombre en las letras, y naturalmente hizo la vida más espantosamente llena de angustias, de trabajos y de privaciones que nadie puede imaginar. Arrastrado por una excesiva ambición y á pesar de los buenos consejos de D'Arthez, no hizo más que aumentar la bola de nieve de sus deudas. Su nombre empezaba sin embargo á sobresalir, cuando yo le encontré en casa de la marquesa de Espard. Allí, sin que él lo sospechase siquiera, me sentí atraída hacia él, la primera vez que le vi. ¿Cómo no ha sido aún amado? ¿cómo me lo han dejado? ¡Oh! tiene genio y talento, valor y orgullo, y las mujeres se asustan siempre de estas grandezas completas. ¿No fueron necesarias cien victorias para que Josefa viese á Napoleón en el pequeño Bonaparte, en su marido? La inocente criatura cree saber lo mucho que le amo. ¡Pobre Gastón! ni siquiera lo sospecha; pero á ti voy á decirte, es preciso que tú lo sepas, porque esta carta, Renato, tiene algo de testamento. Medita bien mis palabras.

En este momento, tengo la seguridad de ser amada tanto como una mujer puede serlo sobre la tierra, y tengo fe en esta adorable vida conyugal, á la que aporto un amor que no conocía... Sí, experimento al fin el placer de la pasión repetida. Lo que todas las mujeres piden hoy al amor me lo proporciona á mí el matrimonio. ¡Siento por mi poeta la adoración que yo inspiraba á mi pobre Felipe! no soy dueña de mí y tiemblo ante este niño como el abencerraje temblaba ante mí. En una palabra, que amo más de lo que soy amada, siento los espantos más ridículos, temo que me deje, tiemblo ante la idea de ser vieja y fea cuando Gastón sea joven y hermoso, y me estremezco al pensar que pudiera no agradarle bastante. Sin embargo, creo poseer las facultades, el talento y la abnegación necesarios, no sólo para sostener, sino para hacer crecer ese amor. Si mis proyectos saliesen fallidos, si el magnífico poema de este amor secreto hubiese de tener un fin, ¡qué digo un fin! si Gastón me amase un día menos que la víspera, si yo me apercibiese de ello, sábelo, Renato, no es él, sino yo la que me perdería. No será suya la culpa, sino mía. Me conozco, y ya te digo de antemano que moriría aun cuando tuviera hijos. Antes que nada te suplico, pues, Renato mía, que si me ocurriese esta desgracia, sirvas de madre á mis hijos, pues te los habré legado. Tu fanatismo por el deber, tus preciosas

cualidades, tu amor por los niños, tu ternura por mí, todo lo que sea de ti me hará la muerte, no digo grata, pero sí menos amarga. Esta mi decisión interna añade un no se qué de terrible á la solemnidad de este matrimonio; por eso no quiero testigos que me conozcan, y por eso ha de celebrarse en secreto mi casamiento. De este modo, podré temblar á mis anchas, no veré pintada en tus ojos la inquietud, y seré la única que sabré que al firmar una nueva acta de matrimonio habré firmado acaso mi sentencia de muerte.

No volveré á tratar nunca más de este pacto hecho entre mí misma y el nuevo yo que voy á ser, y te lo confío para que conozcas la extensión de tus deberes. Me caso separada de bienes, y, aunque Gastón sabe que soy bastante rica para que podamos vivir con holgura, ignora á cuánto asciende mi fortuna. En veinticuatro horas distribuiré ésta á mi antojo. Como no quiero nada humillante, he hecho poner doce mil francos de renta á su nombre, los cuales encontrará en su mesa despacho la víspera de nuestro casamiento, y, si no los aceptase, lo suspendería todo. He tenido que amenazarle con no casarme con él para tener el derecho de pagar sus deudas. Después de haberte hecho estas confesiones, me siento cansada; pasado mañana te diré muchas cosas más, porque mañana tengo que ir á pasar el día al campo.

*20 de octubre.*

He aquí algunas de las medidas que he tomado ya para ocultar mi dicha, pues deseo evitar toda especie de ocasión á mis celos. Me parezco á aquella hermosa princesa italiana, que corría como una leona á ocultar su amor á alguna ciudad de Suiza, después de haberse precipitado sobre su presa como una leona. Por esta razón, sólo te doy á conocer mis disposiciones para pedirte un nuevo favor, y es que no vengas nunca á verme sin que yo te lo ruegue de antemano, y que respetes la soledad en que quiero vivir.

Hace dos años, compré encima de los estanques de Ville-d'Avray, en la carretera de Versalles, unas veinte fanegas de prados, un bosque y una hermosa huerta con árboles frutales. En el centro de los prados se ha cavado el terreno á fin de obtener un estanque de unas tres fanegas de superficie, en medio del cual se ha dejado una bonita isla. Las dos precio-

sas colinas repletas de árboles que rodean á este pequeño valle, están llenas de hermosos manantiales que corren por mi parque, habiendo sido sabiamente distribuidos por mi arquitecto. Estas aguas van á parar á los estanques, cuya vista se percibe á intervalos entre los claros del bosque. Este pequeño parque, admirablemente preparado por mi dicho arquitecto, está rodeado, según la naturaleza del terreno, de setos, de muros y de cunetas, de modo que no se pierde ninguna vista. A un lado, flanqueado por los bosques del Ronce, en una deliciosa situación y delante de una pradera inclinada hacia el estanque, se ha construido una casita cuyo exterior es un todo semejante á la que los viajeros admiran en la carretera de Lyon á Brigg, y que tanto me llamó la atención á mi vuelta de Italia. En el interior, su elegancia puede competir con la de los palacios más suntuosos. A cien pasos de esta habitación rústica, una casa encantadora comunica con la casita por un subterráneo, y contiene la cocina, las habitaciones para el servicio, las cuadras y las cocheras. De todas estas construcciones de ladrillo, la mirada no ve más que una fachada de una graciosa sencillez, rodeada de espesuras. La habitación de los jardineros forma otra fábrica y tapa la entrada de los vergeles y de las huertas.

La puerta de esta propiedad, escondida en el muro que sirve de recinto por la parte de los bosques, es casi imposible encontrarla. Dentro de dos ó tres años, las plantaciones, que son ya grandes, tapan por completo á las casas. El paseante no sospechará siquiera la existencia de nuestra habitación más que por el humo de las chimeneas visto desde lo alto de las colinas, ó en invierno, cuando las hojas hayan caído.

Mi casita está construída en medio de un paisaje que es copia exacta del que se llama «Jardín del rey» en Versalles, pero tiene vistas á mi estanque y á mi isla. Por todas partes, las colinas muestran sus masas de hojas y sus hermosos árboles. Mis jardineros tienen orden de no cultivar en torno mío más que flores olorosas á millares, de modo que este rincón de tierra será una esmeralda perfumada. La casita, rodeada de una parra que llega hasta el tejado, está materialmente cubierta de plantas trepadoras, de clemátida, de jazmín, de azala. El que perciba nuestras ventanas podrá alabarse de tener una hermosa vista.

Esta casita, querida mía, es buena y hermosa, tiene su calorífico y todas las comodidades que ha sabido introducir en

ella nuestro arquitecto, que hace verdaderos palacios dentro de una superficie de cien pies cuadrados. Contiene una habitación para Gastón y otra para mí. El piso bajo sólo tiene una antesala, un locutorio y un comedor. Encima de nosotros sólo hay tres cuartos destinados para *criaderos*. Tengo cinco hermosas jacas, un cupé ligero y un *milord* de dos caballos. Estamos á cuarenta kilómetros de París, y, por lo tanto, cuando nos agrada ir á oír una ópera ó á ver una pieza nueva podremos marchar después de la comida y estar de vuelta por la noche en nuestro nido. El camino es hermoso y está abrigado por la sombra que produce el seto que cierra nuestra finca. Mis criados, mi cocinero, mi cochero, el palafrenero, los jardineros y mi camarera son gentes muy honradas, que yo he buscado durante estos seis últimos meses y que estarán á las órdenes de mi anciano Felipe. Aunque segura de su adhesión y de su discreción, los he tomado por su interés. Tienen sueldos poco considerables, pero que aumentarán con las propinas que les daremos á fines de año. Todos saben que la más ligera falta, una sospecha sobre su discreción, puede hacerles perder inmensas ventajas. Los enamorados nunca molestan á sus servidores, son indulgentes por naturaleza, y, por lo tanto, puedo contar que no ocurrirá nada con ellos.

Todo lo que había de precioso, de bonito y de elegante en mi palacio de la calle del Bac se encuentra en esta casita. El Rembrandt está en la escalera; el Hobbema se encuentra en su despacho, enfrente del Rubens; el Ticiano, que mi cuñada María me envió de Madrid, adorna el gabinete; los hermosos muebles comprados por Felipe están colocados en el locutorio, que el arquitecto ha decorado deliciosamente. Todo en la casita respira sencillez, esa sencillez que cuesta cien mil francos. Construído sobre bodegas de piedra, nuestro piso bajo, visible apenas bajo las flores y los arbustos, goza de una admirable frescura, sin ser húmedo. Finalmente, nubes de cisnes blancos nadan en el estanque.

¡Oh! Renato, reina en este valle un silencio que alegraría á los muertos. Se despierta una con el canto de los pájaros ó con el murmullo que la brisa produce al chocar con los álamos. Baja de la colina un pequeño manantial que ha sido encontrado por el arquitecto cuando estaba excavando para hacer los cimientos del muro, por la parte del bosque, el cual manantial corre sobre plateada arena hacia el estanque, entre dos masas de berro: no sé si habrá dinero con qué pagar esta

preciosidad. ¿No tomará Gastón odio á esta dicha demasiado completa? Es todo tan hermoso, que tiemblo; los gusanos se albergan en los buenos frutos, y los insectos atacan las flores más magníficas. ¿No es siempre el orgullo del bosque lo que destruye esta horrible larva, cuya voracidad se parece á la de la muerte? Yo sé ya que un poder invisible y celoso ataca á las felicidades completas. Por otra parte, tú me lo escribistes hace ya tiempo, y fuiste profeta.

Cuando, antes de ayer, fuí á ver si mis últimos caprichos habían sido comprendidos, sentí que los ojos se me llenaron de lágrimas, y con gran sorpresa del arquitecto puse en su memoria: «Páguese».

—Su administrador de usted no pagará, señora—me dijo el arquitecto,—pues se trata de trescientos mil francos.

—¡Sin discusión!—añadí yo como si fuese una verdadera Chaulieu del siglo XVII.—Pero, sepa usted, caballero, que lo hago con la condición de que no hable usted á nadie de estas construcciones y del parque. Que nadie pueda saber el nombre del propietario: prométame usted por su honor cumplir esta promesa, previa para el pago.

¿Comprendes ahora la razón de mis repentinas correrías y de mis secretas idas y venidas? ¿Sabes ahora donde se encuentran esas hermosas cosas, que todo el mundo creyó que yo había vendido? ¿Comprendes la elevada razón del cambio de mi fortuna? Querida Renato mía, el amor es un gran negocio, y el que quiere amar bien, no debe de ocuparse de ningún otro. El dinero ya no será objeto de cuidados para mí; me he hecho la vida fácil, y he sido una sola vez administradora de una casa para no tener que serlo en lo sucesivo, excepto diez minutos todas las mañanas con mi antiguo mayordomo Felipe. He observado bien la vida y sus peligrosos laberintos; la muerte me prodigó una vez crueles enseñanzas, y quiero aprovecharme de ellas. Mi única ocupación será *agradarle* y *amarle*, y procurar dar variedad á lo que tan monótono parece á los seres vulgares.

Gastón no sabe nada aún. A petición mía, está domiciliado, como yo, en Ville d'Avray; y marchamos mañana para nuestra casita. Nuestra vida será allí poco costosa; pero, si te dijese las sumas que voy á invertir en mi tocado, dirías con razón: «¡está loca!» Quiero adornarme para él todos los días, como acostumbran á adornarse las mujeres para el mundo. Mi tocado, para el campo, todo el año, costará veinticuatro mil

francos, y te advierto que no será el más caro el de día. Él puede ponerse blusa, si quiere. No vayas á creer que quiero hacer de esta vida un duelo, y agotarme en combinaciones para sostener el amor. No, lo que quiero es no tener que hacerme un reproche. Me quedan trece años de ser bonita, y quieró ser más amada aún el último día del décimo tercero año de lo que lo he de ser al día siguiente de mis misteriosas bodas. Esta vez he de estar siempre humilde, siempre agradecida, y no he de usar palabras cáusticas; ya que el tener mando me perdió la primera vez, ahora quiero ser mandada. ¡Oh, Renato! si, como yo, comprendiese Gastón lo infinito del amor, estoy segura de vivir siempre feliz. La naturaleza es hermosísima en torno de nuestra casita, y los bosques son encantadores. A cada paso los más gratos paisajes, las más preciosas vistas del bosque regocijan el alma, despertando en ella arrobadoras ideas. Estos bosques están llenos de amor. ¡Ojalá que todo esto que yo he preparado con tanto cuidado no me sirva de tumba! Pasado mañana seré ya la señora de Gastón. ¡Dios mío, muchas veces me pregunto si es cristiano amar tanto á un hombre!

—Es legal—me dijo mi procurador, que es uno de mis testigos, y que, al ver por fin el objeto de la liquidación de mi fortuna exclamó:—Pierdo en esto una cliente.

Tú, hermosa corza mía, pues ya no me atrevo á decirte amada, puedes exclamar:—Y yo pierdo una hermana.

Ángel mío, en lo sucesivo, dirige las cartas á la señora de Gastón, lista de correos, en Versalles. Irán á buscar allí todos los días nuestras cartas. No quiero que seamos conocidos en el país. Enviaremos á buscar nuestras provisiones á París, y de este modo espero poder vivir misteriosamente. Hace ya un año que este retiro está preparado y nadie lo ha visto, porque la adquisición se hizo durante los movimientos que siguieron á la revolución de Julio. El único ser que ha aparecido en el país, es mi arquitecto, y él, que es el único á quien conocen, no volverá más allí. Adiós. Mientras te escribo esta carta siento en el corazón tanta pena como placer: ¿no es esto decirte que te voy á echar tanto de menos como amo poderosamente á Gastón?

## XLIX

María Gastón á Daniel D'Arthez

Octubre, 1833.

Mi querido Daniel: Necesito dos testigos para mi boda y le ruego que venga mañana por la noche á mi casa acompañado de nuestro amigo, el bueno y grande José Bridau. La que va á ser mi mujer intenta vivir lejos del mundo y completamente ignorada, adivinando así uno de mis caros deseos. Usted, que ha aliviado las miserias de mi pobre vida, no ha sabido nada de mis amores; pero, ya comprenderá que este profundo secreto fué una necesidad. Esta es la razón de que nos hayamos visto tan poco de un año á esta parte. Al día siguiente de mi casamiento nos separaremos por mucho tiempo. Daniel, usted tiene el alma acostumbrada á comprenderme, y espero que nuestra amistad subsistirá sin el amigo. Acaso lo necesite alguna vez, pero no me verá usted nunca, al menos en mi casa. *Ella* fué también la que supo con esto anticiparse á mis deseos. Ella ha hecho el sacrificio de una amiga de la infancia que es para ella una hermana, y yo debo también inmolarle á mi amigo. Lo que le digo á usted aquí, le hará sin duda adivinar, no una pasión, sino un amor grande, completo, divino, fundado en un íntimo conocimiento entre los dos seres que se unen de ése modo. Mi dicha es pura, infinita; pero como existe una ley secreta que nos prohíbe gozar de una felicidad sin mancha, en el fondo de mi alma, y encerrado en el último pliegue de mi corazón oculto un pensamiento que me molesta de continuo, y que ella ignora. Usted me ha ayudado con bastante frecuencia en mi constante miseria, para que ignore la horrible situación en que me encontraba. ¿De dónde sacaba yo el valor para vivir, cuando la esperanza se extinguía con tanta frecuencia? En su pasado de usted, amigo mío, y en usted donde encontraba tantos consuelos y delicados socorros. Por fin, querido mío, ella ha pagado mis aplastantes deudas. Ella es rica y yo no tengo nada. ¿Cuántas veces dije, en mis accesos de pereza: «¡Ah! ¡si una mujer rica me quisiese!»? Pues bien, en presencia del hecho, las bromas de la juventud y la decisión del desgraciado sin

escrúpulo se han desvanecido. Me siento humillado á pesar de su ingeniosa ternura. Me siento humillado á pesar de estar seguro de la nobleza de su alma. Me siento humillado á pesar de que sé que mi humillación es una prueba de mi amor. Ella ha visto que no he reculado ante esta baja, pero estoy en una situación en que, lejos de ser el protector, soy el protegido. Este dolor se lo confió á usted. Aparte de esto, mi querido Daniel, mis sueños se cumplieron por completo. He encontrado lo bello sin tacha, el bien sin defecto. Por otra parte, la novia es bastante hermosa: posee espiritual ternura, tiene ese encanto y esa gracia que constituyen la variedad del amor, es instruída y lo comprende todo; es bonita, rubia, de medianas carnes sin ser delgada, y, viéndola á ella, cualquiera diría que Rafael y Rubens se han entendido para componer una mujer. No sé si me hubiera sido posible amar tanto á una mujer morena como á una rubia: siempre me ha parecido que la mujer morena salió mujer por equivocación en lugar de salir hombre. Es viuda, no ha tenido hijos y tiene veintisiete años. Aunque es vivaracha, animada é infatigable, sabe no obstante gustar de las meditaciones de la melancolía. Estos maravillosos dones no excluyen en ella la dignidad ni la nobleza, pues es imponente. Aunque pertenece á una de las antiguas familias de más rancia nobleza, me ama lo bastante para hacer caso omiso de mi desgraciado origen. Nuestros secretos amores duraron largo tiempo, nos hemos experimentado mutuamente, somos igualmente celosos, y nuestros pensamientos parecen ser los dos chispazos de una misma exhalación. Amamos ambos por primera vez, y esta deliciosa primavera comprende entre sus goces todas las escenas que la imaginación ha podido adornar, con sus más risueñas, gratas y profundas concepciones. El sentimiento nos ha prodigado sus flores. Cada uno de nuestros días de noviazgo ha sido un día de dicha, y, cuando nos separábamos, nos escribíamos poemas. A mí nunca se me ha ocurrido el pensar que esta brillante pasión fuese efecto de un deseo, á pesar de que mi alma estuviese constantemente turbada por él mismo. Usted adivinará, pues, en esta mujer, una criatura verdaderamente superior. Ni siquiera ha habido el primer beso de amor: ambos nos hemos temido mutuamente.

—Los dos tenemos que reprocharnos alguna cosa—me dijo ella.

—Yo no veo la de usted.

—Mi matrimonio anterior—me respondió.

Usted que es un gran hombre y que ama á una de las mujeres más extraordinarias de esa aristocracia donde yo encontré á mi Armanda, tendrá bastante con estas palabras para adivinar esta alma y cual será la dicha de su amigo,

MARÍA GASTÓN.

L

La señora de la Estorade á la señora de Macumer

¡Cómo, Luisa! ¿después de todas las desgracias internas que te causó una pasión correspondida en el seno del hogar, quieres vivir con un marido en la soledad? ¿Después de haber matado á uno viviendo con él en el mundo, quieres aislarte para devorar á otro? ¡Qué disgustos te preparas! Pero, por la manera como has obrado, veo que tu resolución es irrevocable. Para que un hombre te haya hecho perder la aversión que sentías por un segundo matrimonio, debe tener un espíritu angelical y un corazón divino; es preciso, pues, dejarte entregada á tus ilusiones; pero ¿has olvidado acaso lo que decías de la juventud de los hombres, que han pasado por innobles lugares, y cuyo candor se ha perdido en las más horribles encrucijadas del camino? ¿Quién ha cambiado? ¿tú ó ellos? Eres bien feliz creyendo en la dicha: no tengo valor para criticarte, á pesar de que el instinto de ternura me inclina á aconsejarte que desistas de ese matrimonio. Sí, cien veces sí; la naturaleza y la sociedad se ponen de acuerdo para destruir la existencia de las felicidades más completas, porque éstas son opuestas á la naturaleza y á la sociedad, y porque el cielo se muestre sin duda celoso de sus derechos. Por fin te diré que mi amistad presiente alguna desgracia que ninguna previsión podría explicarme: no sé de dónde vendrá ni quien la engendrará; pero, querida mía, una dicha inmensa y sin límites acabará por aplastarte. Se soporta con más facilidad la pena más horrible que la alegría excesiva. Nada digo contra él: tú le amas, y yo sin duda no le he visto nunca; pero espero que, un día que estés ociosa, me hagas una descripción cualquiera de ese hermoso y curioso animal.

Ya ves que me resigno alegremente, porque tengo la seguridad de que, una vez pasada la luna de miel, haréis ambos, de común acuerdo, como hace todo el mundo. Algún día, dentro de dos años, cuando paseemos por esa carretera, me dirás: «Mira donde está la casita de la cual yo no debía salir más». Y te reirás con toda tu alma, mostrando tus bonitos dientes. Aun no le he dicho nada á Luis, porque le hubiéramos dado motivo para reirse. Se lo diré todo lisa y llanamente al comunicarle tu casamiento y tu deseo de que permanezca secreto. Por desgracia, no necesitas ya madre ni hermana para la noche de novios. Estamos en octubre, y como mujer valerosa empiezas con el invierno. Si no se tratase de matrimonio, te diría que ataras al toro por los cuernos. De todos modos, ya sabes que tienes en mí la más inteligente y discreta amiga. El centro misterioso de África ha devorado á muchos viajeros y á mí me parece que, en materia de sentimientos, te aventuras á un viaje semejante á aquellos en que tantos exploradores perecieron, ya á manos de los negros ó ya en las arenas del desierto. Tu desierto está á dos leguas de París, y puedo, por lo tanto, decirte alegremente: «¡Buen viaje! que á nosotros volverás.»

LI

La condesa de la Estorade á la señora de María Gastón

1835.

¿Qué es de ti, querida mía? Después de dos años de silencio, creo que puede permitírsele á Renato el que se preocupe por su Luisa. ¡He ahí lo que es el amor! lo avasalla todo y anula una amistad como la nuestra. Confieso que, si yo adoro á mis hijos más de lo que tú amas á tu Gastón, hay en el sentimiento maternal no sé qué inmensidad que permite que no se robe nada á los demás afectos, y que deja á la mujer seguir siendo amiga adicta y sincera. Tus cartas y tu grata y encantadora cara me faltan. ¡Oh, Luisa! estoy reducida únicamente á hacer conjeturas sobre ti.

Por lo que atañe á nosotros, voy á explicarte nuestras cosas lo más sucintamente posible.

Repasando tu antepenúltima carta encontré en ella algunas palabras agrias respecto á nuestra situación política. Te mo-  
fas de nosotros por haber conservado Luis la plaza de presi-  
dente de la cámara en el Tribunal de cuentas, plaza que  
obtuvimos, lo mismo que el título de conde, del favor de Car-  
los X; pero ¿podíamos acaso, con una renta de cuarenta mil  
francos, de los cuales pertenecen treinta mil á un mayorazgo,  
podíamos, repito, establecer convenientemente á Athenais y á  
este pobre mendigo de Renato? ¿No teníamos que vivir de  
nuestro sueldo para ir acumulando sabiamente las rentas  
de nuestras tierras? En veinte años hubiéramos amontonado  
unos seiscientos mil francos, que servirán para dotar á mi hija  
y á Renato, al que destino á la marina. Mi pequeño *benjamin*  
tendrá diez mil francos de renta, y acaso podamos dejarle en  
dinero una parte que iguale la suya á la de su hermana.  
Cuando sea capitán de navío, mi mendigo se casará rica-  
mente y tendrá en el mundo un rango igual al del primogénito.

Estos prudentes cálculos nos determinaron á aceptar el  
nuevo orden de cosas. Como es natural, la nueva dinastía  
nombró á Luis par de Francia y gran oficial de la Legión de  
Honor. Desde el momento en que la Estorade juró su cargo,  
no debía hacer nada á medias; y, gracias á los relevantes ser-  
vicios que prestó á la Cámara, hele ya llegado á una situa-  
ción en la que permanecerá tranquilo hasta el fin de sus días.  
Tiene maña para conducir los asuntos, y es más charlatán  
agradable que orador, pero con eso basta para lo que nosotros  
pedíamos á la política. Su astucia, sus conocimientos, ya en  
gubernación ó ya en administración, son apreciados, y todos  
los partidos le consideran como hombre indispensable. Puedo  
decirte que últimamente le han ofrecido una embajada, que yo  
le obligué á no aceptar. La educación de Armando, que tiene  
ahora trece años, y la de Athenais, que va á cumplir once, me  
retiene en París, y quiero permanecer aquí hasta que mi  
pequeño Renato haya acabado la suya, que empieza ahora.

Para permanecer fiel á la rama mayor y volver á nuestras  
tierras, era preciso no tener que educar y mantener á tres hi-  
jos. Una madre, ángel mío, no tiene obligación de ser un  
Decio (1), sobre todo en una época en que los Decios son tan

(1) Decio fué un ilustre romano que se sacrificó á los dioses infernales  
para asegurar la victoria á su ejército, y su nombre ha pasado al lenguaje para  
designar á los que se sacrifican en aras de la patria.—(N. del T.)

raros. Dentro de quince años, la Estorade podrá irse á la  
Crampade con un hermoso retiro, instalando á Armando en el  
tribunal de cuentas, donde le dejará de refrendario. Respecto  
á Renato, la marina le abrirá sin duda el paso para la carrera  
diplomática. No tiene más que siete años, y, á pesar de eso,  
es astuto como un cardenal.

¡Ah! Luisa, ¡qué madre más feliz soy! Mis hijos continúan  
proporcionándome innumerables goces. (*Senza brama, sicura  
ricchezza.*) Armando va al colegio de Enrique IV. Me he deci-  
dido por la educación pública, aunque no he podido decidirme  
á separarme de él, y hago idénticamente como hacía el duque  
de Orleans antes de ser y acaso para llegar á ser Luis Felipe.  
Todas las mañanas, Lucas, aquel antiguo criado que tú conoces,  
lleva á Armando al colegio á primera hora y lo trae á las  
cuatro y media. Un anciano y sabio pasante, que se alberga  
en casa, le hace trabajar por la noche y lo despierta por la  
mañana á la hora en que los colegiales se levantan. Lucas le  
lleva una colación, casi al mediodía, para que la coma du-  
rante el recreo. De modo que lo veo cuando comemos, por  
la noche antes de acostarse y por la mañana al marcharse.  
Armando sigue siendo el muchacho encantador y lleno de  
corazón que tú tanto amas, y el pasante está muy contento  
de él. Tengo á Naïs y al pequeño conmigo, los cuales alborotan  
sin cesar; pero no importa, porque yo soy tan niña como  
ellos. No he podido resolverme á perder las gratas caricias de  
mis queridos hijos. Es para mí la posibilidad de correr cuando  
quiera el lecho de Armando, para verle mientras duerme, ó  
para ir á dar, pedir ó recibir un beso de este ángel, una nece-  
sidad de mi existencia.

Sin embargo, el sistema de conservar á los niños en la casa  
paterna tiene inconvenientes, y no dejo de reconocerlos. La  
sociedad, lo mismo que la naturaleza, es celosa y no permite  
que se alteren sus leyes ni su economía. Así es que en las  
familias en que se conservan los niños, éstos están demasiado  
expuestos al fuego del mundo, ven sus pasiones y estudian los  
disimulos. Incapaces de adivinar las leyes que rigen la con-  
ducta de las personas mayores, someten el mundo á sus senti-  
mientos y á sus pasiones, en lugar de someter sus deseos y sus  
exigencias al mundo; adoptan las falsas apariencias, que bri-  
llan más que las virtudes sólidas, porque son sobre todo las  
apariencias lo que el mundo ostenta y viste con formas enga-  
ñosas. Cuando, desde los quince años, un niño tiene la seguri-

dad de un hombre de mundo, es un monstruo, se convierte en un anciano á los veinticinco años, y su ciencia precoz le hace inhábil para los verdaderos estudios en que descansan los talentos positivos y serios. El mundo es un gran comediante; y, como el comediante, lo recibe y lo deja todo sin conservar nada. Manteniendo á su lado á sus hijos, una debe, pues, tomar la firme resolución de impedirles penetrar en el mundo, tener el valor de oponerse á sus deseos y á los suyos propios, y no mostrarlos nunca. Cornelia debía esconder sus alhajas, y así haré yo, porque mis hijos son toda mi vida.

Tengo treinta años y he atravesado ya la parte más difícil del camino de la vida. Dentro de algunos años, seré una vieja, y la tranquilidad de haber cumplido con mis deberes me da una fuerza inmensa. Cualquiera diría que estos pequeños seres conocen mi pensamiento y se conforman con él. Existen entre ellos y yo, que no nos hemos separado nunca, misteriosas relaciones. Como si supiesen los sacrificios que me deben, me colman de goces.

Armando, que durante los tres primeros años de sus estudios ha sido torpe y holgazán y que me inquietaba, estudia ahora con cariño. Sin duda ha comprendido el objeto de estos trabajos preparatorios, que no siempre comprenden los niños, y que tienen por objeto acostumbrarles al trabajo, aguzar su inteligencia, y someterlos á la obediencia, que es el principio de las sociedades. Querida mía, hace algunos días tuve el embriagador placer de ver á Armando premiado en el concurso general, en plena Sorbona. Tu ahijado ha obtenido el primer premio de versión. En la distribución de premios del colegio de Enrique IV, obtuvo dos primeros premios, el de verso y el de temas. Al oír proclamar su nombre, me puse lívida y me daban deseos de gritar: *¡Yo soy la madre!* Naís me estrechaba la mano hasta hacerme daño si es que se puede sentir dolor en aquel momento. ¡Ah! Luisa, esta fiesta vale más que muchos amores perdidos.

Los triunfos del mayor estimularon á mi pequeño Renato, que quiere ir al colegio con su hermano. Algunas veces, estos tres muchachos gritan, corren por la casa y meten un ruido infernal. No sé como los resisto, pues estoy siempre con ellos, porque nunca he querido confiar á nadie, ni aun á la misma Mary; el trabajo de vigilar por mis hijos. ¡Pero hay tantos goces que recolectar en este hermoso oficio de madre! Ver á un niño que deja el juego para venir á besarme como movido por

una necesidad... ¡qué alegría! Por otra parte, en estos momentos se les observa mejor. Uno de los deberes de una madre es descubrir desde los primeros años las aptitudes, el carácter y la vocación de sus hijos, cosa que ningún pedagogo sabría hacer. Todos los niños educados por sus madres son desenvueltos y saben vivir, dos adquisiciones que suplen el talento natural, mientras que el talento natural no suple nunca á lo que los hombres aprenden de su madre. Estos matices los reconoczo en los hombres en los salones, donde distingo inmediatamente las huellas de una mujer en los modales de un joven. ¿Cómo destituir á mis hijos de semejante ventaja? Ya lo ves, el cumplimiento del deber es fértil en tesoros y en satisfacciones.

Tengo la seguridad de que mi Armando ha de ser el magistrado más inteligente, el administrador más probo y el diputado más concienzudo que pueda haber habido nunca; mientras que mi Renato será el más atrevido, el más aventurero y al mismo tiempo el más astuto marino del mundo. Este pequeño perillán tiene una voluntad de hierro; logra todo lo que quiere, da mil rodeos para lograr su objeto, y, si los mil no le bastan, da mil y uno. En aquello en que mi querido Armando se resigna con calma, estudiando la razón de las cosas, mi Renato lucha, se ingenia, hace mil combinaciones charlando sin cesar, y acaba por descubrir algo de lo que desea; si él puede hacer pasar por un punto la hoja de un cuchillo, no tarda en hacer pasar por el mismo sitio su cochecito.

Respecto á Naís, se parece tanto á mí, que no distingo su carne de la mía. ¡Ah! querida hijita mía, á quien yo me complazco en poner bonita, y cuyos cabellos y bucles peino y arreglo, llenándolos de pensamientos de amor ¡cuánto deseo su dicha! no será dada nunca más que al hombre que la ame y á quien ella ame. Pero ¡Dios mío! cuando la dejó componerse, cuando le pongo cintitas encarnadas en los cabellos, cuando le calzo sus hermosos piecitos, me asalta una idea que casi me hace desfallecer. ¿Acaso es una dueña de la suerte de su hija? Quizá amaré á un hombre indigno de ella, quizá no sea amada de aquel á quien ame. Muchas veces, cuando la contemplo, me dan ganas de llorar. ¡Dejar á una criatura encantadora, á una flor, á una rosa que ha vivido en nuestro seno como el capullo en el rosal, y entregarla á un hombre que nos lo arrebatara todo! En dos años, aun no me has escrito tú estas

dos palabras: «¡Soy feliz!»; tú eres la que me has recordado el drama del matrimonio, horrible para una madre, cuando es tan madre como yo. Adiós, pues no sé como te escribo, no mereciendo, como no mereces, mi amistad. ¡Oh! respóndeme, Luisa mía.

## LII

La señora de Gastón á la señora de la Estorade

*En la casita.*

Un silencio de dos años ha picado tu curiosidad y me preguntas por qué no te he escrito. Querida Renato, no hay frases, palabras, ni lenguaje para expresar mi dicha. Bástete saber que no sé como nuestras almas tienen poder para soportarla. No tenemos que hacer el menor esfuerzo para ser felices y nos comprendemos en todo. En dos años, no ha habido ningún desacuerdo en este concierto, ni en la expresión de nuestros sentimientos ni de nuestros deseos. En una palabra, querida mía, que no ha habido ninguno de esos mil días felices que no haya dado su fruto particular, ni momento que la imaginación no haya hecho delicioso. No sólo tenemos la seguridad de que nuestra vida no será nunca monótona, sino que no será nunca bastante extensa para encerrar las poesías de nuestro amor, fecundo y variado como la naturaleza. No, no ha habido el más insignificante desengaño. Nos agradamos mucho más que el primer día, y á cada momento descubrimos nuevas razones para amarnos. Todas las noches, cuando paseamos después de la comida, nos prometemos ir á París por curiosidad, como el que dice: «Iré á ver Suiza.»

—¡Cómo!—exclama Gastón á veces—están arreglando tal boulevard, han acabado la Magdalena. Es preciso ver todo eso.

¡Bah! Al día siguiente nos quedamos en la cama, almorzamos en nuestro cuarto, dan las doce, y, como hace calor, echamos una pequeña siesta, y después me pide que le deje contemplarme, y me contempla enteramente lo mismo que si fuese un cuadro, abismándose en esta contemplación, que ya comprenderás que es recíproca. Entonces, á los dos nos vienen

las lágrimas á los ojos, pensamos en nuestra dicha y temblamos. Yo sigo siendo su querida, es decir, parece que soy más amada de lo que amo. Este engaño es delicioso. ¡Tiene tanto encanto para nosotras, las mujeres, el ver que el sentimiento puede más que el deseo, y que el amo, tímido aún, se detiene allí donde nosotras deseamos que permanezca! Me has pedido que te diga cómo es; pero, Renato mía ¡es tan imposible hacer con impassibilidad el retrato del hombre á quien se ama! Además, entre nosotras, confesemos sin hipocresía el siguiente singular y triste efecto de nuestras costumbres: no hay nada tan diferente como el hombre del mundo y el hombre del amor; la diferencia es tan grande, que puede el uno no parecerse en nada al otro. El que toma las posturas más graciosas del más gracioso bailarín para decirnos por la noche en el rincón de una chimenea una palabra de amor, puede no tener ninguna de las gracias secretas que desea una mujer. Al contrario, un hombre que parece feo, sin modales distinguidos, y que va vestido con seriedad, es á veces un amante que posee el espíritu del amor, y que no será ridículo en ninguna de esas posiciones en que nosotras mismas podemos serlo con todas nuestras gracias exteriores. Encontrar en un hombre un acuerdo misterioso entre lo que parece ser y lo que es, encontrar uno que en la vida secreta del matrimonio tenga esa gracia innata que no se da, que no se adquiere tampoco, que el estatuario antiguo supo imprimir en los voluptuosos y castos matrimonios de sus estatuas, esa inocencia del abandono que los antiguos imprimieron á sus poemas, y gracias al cual el desnudo parece estar aún vestido, todo ese ideal que pertenece al mundo de las armonías y que sin duda es el genio de las cosas; en una palabra, ese inmenso problema buscado por la imaginación de todas las mujeres, lo resuelve en todas sus partes Gastón. ¡Ah! querida ¡yo no sabía lo que era el amor, la juventud, el talento y la belleza reunidos! Mi Gastón es siempre natural, su gracia es instintiva y la desarrolla sin esfuerzo. Cuando andamos solos por los bosques, con su brazo pasado alrededor de mi talle, el mío apoyado en su hombro, nuestros cuerpos juntos, nuestras cabezas tocándose, vamos con paso igual, llevamos un movimiento tan lento y uniforme, que cualquiera que nos viera pasar diría que éramos un mismo ser vagando sobre la arena de los paseos, como vagaban los inmortales de Homero. Esta misma armonía existe en el deseo, en el pensamiento, en la palabra. Algunas veces, bajo las